

LA CULTURA NO ES UN LUJO,  
ES LA VIDA

POR WALTER FUST

Director de la Agencia Suiza para el Desarrollo  
y la Cooperación (COSUDE)

Con *Argentinos Juniors*, el Festival de Locarno quiere rendir un homenaje a la vitalidad y a la creatividad cinematográfica de los jóvenes realizadores argentinos. Son parte del programa una decena de películas y los talleres que permitirán además a estos cineastas promover sus próximas películas ante otros profesionales del medio cinematográfico. Argentina, calificada durante mucho tiempo por el Fondo Monetario Internacional como “mejor alumna”, debe actualmente hacer frente a un cataclismo económico y social. El 50% de su población vive por debajo del nivel de pobreza y al menos el 25% está por debajo del mínimo vital. Aunque el ingreso per cápita está al mismo nivel que el de otros países latinoamericanos, beneficiarios tradicionales de la ayuda al desarrollo, en el caso argentino la comunidad internacional tardó en reaccionar ante la nueva situación. La Agencia Suiza para el Desarrollo y la Cooperación (COSUDE), o sea la entidad de la Confederación Suiza competente en materia de ayuda humanitaria y de cooperación al desarrollo, no fue la excepción. No obstante, mediante proyectos humanitarios –principalmente en el campo del acceso a la salud– en la COSUDE estamos tratando de contribuir puntualmente a reducir los efectos de la crisis. El apoyo de la COSUDE al proyecto *Argentinos Juniors* tiene dos intenciones. Por un lado, nos anima la voluntad de promover los encuentros interculturales y los intercambios Norte-Sur; por otro, queremos poner en evidencia el poder que ejerce la cultura para movilizar las opiniones. La crisis económica ha sido el catalizador para una renovación incontestable del cine argentino. Sus directores han sentido la necesidad de dar testimonio de la realidad que los rodea, de tomar partido o de denunciarla. Ellos nos invitan a compartir sus realizaciones artísticas y sus miradas, puestas en ese país de América Latina. La cultura y el cine actúan en favor de la construcción de las sociedades y representan un medio potente de sensibilización. ¡Ojalá esta colaboración prestada con ocasión de la 56ª edición del Festival nos permita recordar que la cultura no es un lujo!

UN CINE EN MOVIMIENTO

POR IRENE BIGNARDI

Directora del Festival Internacional  
de Cine de Locarno

Hace algunos años, la comunidad cinematográfica –esa tribu trashumante que se traslada de un festival a otro y que frecuenta las salas para descubrir las voces más nuevas y originales– comprendió que algo se mueve en Argentina, que hay un nuevo cine (¿una “Nueva Ola”?) a espaldas de grandes nombres como Solanas, Sorín o Subiela. Primero fue el momento de Pablo Trapero con *Mundo grúa*. Luego, la sorpresa de *La Ciénaga*, de Lucrecia Martel. Más tarde, tras su éxito en Locarno, *Tan de repente*, de Diego Lerman, obtuvo reconocimiento en todo el mundo. Voces nuevas, una técnica sólida, una realidad compleja y a menudo dramática; una riqueza para explorar cinematográficamente, una generación que está reinventando su modo de hacer cine. Por ello, este año el Festival de Locarno, en su sección “Cineastas del presente”, decidió dedicarle particular atención a la nueva ola argentina, a los argentinos de treinta años con una mirada fresca y distinta que se dirige a un país que tal vez atraviase una crisis económica y política, pero de ningún modo una crisis de creatividad. Y, entonces, mientras Argentina esté también presente en competencia con *Los guantes mágicos* de Martín Rejtman, un delgado lazo unirá idealmente, dentro de “Cineastas del presente”, las películas del grupo que hemos denominado con el nombre de un equipo de fútbol, “Argentinos Juniors”: *Nadar solo* de Ezequiel Acuña, *Los rubios* de Albertina Carri, *En ausencia* de Lucía Cedrón, *Flores de septiembre* de Wainszelbaum, Osores y Testa, *Cantata de las cosas solas* de Willi Behnisch. Pero el festival también presta atención al futuro. Y por ello organizó un taller donde los directores argentinos –los más y los menos jóvenes, los más consolidados y los más originales– se encontrarán con los proyectos, los work in progress, los guiones, los “demos” de los trabajos que están preparando, y con el público y los adeptos a los trabajos invitados a Locarno. Son Lisandro Alonso, Juan Villegas, Rodrigo Moreno, Ernesto Baca, Verónica Chen, Luis Ortega, Albertina Carri, Ana Poliak, Santiago Loza, Diego Lerman y Pablo Trapero, los nuevos nombres de un cine que se está moviendo.

UN BALANCE PROVISORIO

POR QUINTIN

Director del Festival Internacional

de Cine Independiente de Buenos Aires

El cine argentino independiente no ganó un Oscar ni una Palma de Oro, sino apenas algunos premios menores en los festivales internacionales más importantes y una cantidad mayor en los festivales menos conocidos. Por ejemplo, *Tan de repente* recibió sólo un Leopardo de Plata en Locarno el año pasado y no el de Oro, *La Ciénaga* triunfó como ópera prima en Berlín, *Mundo grúa* ganó la Semana de la Crítica en Venecia. Por el momento, ninguno de estos films se presentó en competencia en Cannes ni en Venecia y ni siquiera hubo alguno que obtuviera el premio a la mejor película en Buenos Aires. Películas recientes de otros países latinoamericanos, como *Estación Central*, ganaron en Berlín y hubo otras como *Ciudad de Dios*, *Amores perros* o *Y tu mamá también* que tuvieron una distribución internacional importante, superior a la de los nuevos films argentinos. En cuanto a la taquilla, el cine independiente tampoco dominó en su propio país y su techo fue hasta ahora un cuarto de millón de espectadores, muy inferior a la recaudación de películas comerciales como *Nueve reinas* o *El hijo de la novia*. Estos hechos y cifras parecerían indicar que se trata de un fenómeno marginal o menor y, al mismo tiempo, difícil de definir. El establishment tradicional argentino insiste en que prácticamente todo el cine de este país es independiente, ya que son pocas las empresas productoras grandes y los presupuestos de las películas son bajos comparados con los de los países europeos e incluso con los de la región.

Sin embargo, en los últimos años, primero como puntos aislados y con más consistencia después, un grupo de películas marcó una renovación profunda del cine argentino y llamó la atención en el circuito internacional en un momento en el que en el mundo parece haberse instalado una crisis de creatividad, de calidad y de libertad frente a la cual la producción independiente en Argentina resulta una de las pocas excepciones. En lo estético, directores como Pablo Trapero, Lucrecia Martel, Martín Rejtman, Lisandro

Alonso, Juan Villegas, Adrián Caetano, Verónica Chen, Luis Ortega o Diego Lerman, entre otros, sin constituir un movimiento o una escuela han producido un giro copernicano que hizo renacer una cinematografía anquilosada en tradiciones obsoletas. Hasta hace poco, el cine argentino era mayoritariamente una cruz de grotesco teatral, realismo mágico, costumbrismo bien pensante, denuncia periodística y pereza formal. Aún lo sigue siendo en buena medida, pero los nuevos realizadores han redescubierto el rigor, la frescura y la autenticidad. Con esas armas han construido un grupo de films notables, que no intentan seguir una moda internacional ni complacer a cualquier precio, y han contagiado ese espíritu a otros más jóvenes que ellos. Hijo de algún modo de la profunda crisis económica y social en Argentina, el nuevo cine ha encontrado un camino entre los escombros de un país destruido por años de dictaduras feroces, democracias anémicas y experimentos neoliberales, y ha respondido mirando esa realidad a los ojos, sin vociferar sobre sus calamidades pero incluyéndolas, sin mentir y sin apostar a la demagogia del optimismo forzado, en un abanico de poéticas diversas y sofisticadas. Esta actitud las ha hecho universales, como lo prueba la facilidad con la que estos films circulan en los festivales y, al mismo tiempo, impone una recepción selectiva, individual para las distintas obras, especialmente para las primeras películas que se van sucediendo unas a otras y permiten descubrir directores talentosos, eficaces y apasionados en cada nueva temporada, a los que acompañan igualmente destacados fotógrafos, sonidistas y actores. En 2003, al menos cuatro films terminados en los primeros meses del año responden a esas características: *Ana y los otros* de Celina Murga, *Los rubios* de Albertina Carri, *Nadar solo* de Ezequiel Acuña y *Extraño* de Santiago Loza son elementos de un conjunto cuya solidez tiene poco que envidiarle a la de cualquier otra cinematografía como prueba de la fecundidad y jerarquía de su nueva generación. A ellos se agregan

otras producciones como la esperada *Los guantes mágicos*, tercer largometraje de Martín Rejtman, a esta altura un joven veterano; *La mecha* de Raúl Perrone, un pionero en materia de filmar sin presupuesto alguno, y una auspiciosa cosecha de documentales y films de ensayo.

Pero hay otro factor que hace muy interesante al cine argentino independiente y es su modo de producción. Es que no sólo hablamos de films de bajo presupuesto, sino que en muchos casos este presupuesto es mínimo. Películas como *Silvia Prieto*, *Mundo grúa*, *La libertad*, *Sábado*, *Bolivia*, *Tan de repente*, *Ana y los otros* o *Los rubios* demuestran que se puede hacer un cine de alta calidad técnica, terminado en 35mm (aunque filmado a veces en Super 16 o en digital) por menos de cien mil dólares. Esta cifra suena descabellada en Europa, pero también en Brasil o en México (aunque no tanto en Estados Unidos, donde las megaproducciones coexisten con películas absolutamente artesanales). Pero esto es lo que cuesta un film sin estrellas, con pocas locaciones, cámaras e isla de edición prestadas y amigos en el equipo técnico. En todo caso, esta es la clave para hacer un primer largometraje en Argentina, un camino para canalizar el entusiasmo de los egresados de las escuelas de cine que pueden comenzar su carrera como realizadores sin la espera y el desgaste habituales en otros países. El sistema (poco sistemático) tiene una ventaja adicional: hay una íntima conexión entre la libertad con que esas películas fueron concebidas y realizadas y la manera en que fueron producidas. Salir a rodar sin esperar la aprobación de nadie es un privilegio del que muy pocos cineastas disponen hoy en día. Los resultados de esta falta de censura están a la vista.

Tal vez este sea el tema que el nuevo cine argentino invita a discutir, porque plantea una renovada batalla entre la libertad de creación y la industrialización forzada, una batalla cinematográfica que se libra en todas partes. La norma mundial es que un joven director arrastre un

proyecto durante años, lo someta a distintos comités de evaluación estatales o privados y termine, cuando lo logra, haciendo una película mucho más cara de lo que podría haber costado y, lo que es peor, mucho menos ambiciosa y mucho más parecida a las demás, esperando que el éxito eventual le devuelva el derecho de filmar lo que quiere. La excepción es que se decida a filmar, consiga un poco de dinero y lo haga. Esta excepción es la que logró desarrollar el cine independiente argentino y convertirlo en una realidad tangible. Estas películas se hicieron mayoritariamente sin productores que modificaran el guión (cuando hubo un guión) por necesidades comerciales, sin pasar por el calvario del “desarrollo del proyecto”, sin comités de selección que exigieran cambios, sin empresas que tuvieran que pagar sus costos fijos, sin coproductores que obligaran a incluir actores españoles, como sucede en muchas películas argentinas industriales. La precariedad de esta manera de hacer cine, que difícilmente pueda sostenerse a lo largo de una carrera, está ampliamente compensada por la falta de pesadez, la audacia y la posibilidad de innovar, elementos que hacen al resultado final y que son, en definitiva, los que volvieron a colocar al cine argentino en el mapa internacional. Es posible que este sea un momento prematuro para un balance definitivo, pero es igualmente cierto que el cine a escala mundial obedece cada vez más a mecanismos altamente burocratizados, con empresas y organismos estatales cuyas políticas contribuyen a uniformizar las obras y a encarecer sus costos. Como resultado de una ley de fomento del cine sancionada en 1994, de un aumento considerable en la matrícula de las escuelas de cine durante la última década y de un equipamiento muy adecuado en el país, se creó en Argentina una situación que permitió el desarrollo de una cinematografía alternativa a la sombra de la producción tradicional. Una generación de recambio aprovechó los huecos en la legislación, las oportunidades que se le presentaron y cambió la temática, la estética, las costumbres profesionales y acaso también la Historia.